

SAHARA OCCIDENTAL

Cadena perpetua al Sahara Occidental

La retirada de España de su antigua colonia, su ocupación por parte de Mauritania y Marruecos y la posterior guerra que desató esta ocupación han quedado sepultados bajo años de olvido. El bloqueo de la situación se ha debido principalmente a las trabas puestas por parte de Marruecos, Francia y Estados Unidos a los dictámenes de las Naciones Unidas. Sin embargo, las polémicas de los últimos años como la expulsión de Aminetu Haidar del territorio saharauí, las revueltas del campamento Gdeim Izik y la reciente tensión generada en la región de Guergat han reavivado el conflicto y lo han devuelto a la actualidad.

Pared de sangre y metralla

No hay ni un solo bloque. No se ve a lo largo de los más de 2.700 kilómetros que lo forman ventana alguna. No se erige como una esotérica base militar. No es liso. No tiene grafitis soeces ni firmas excéntricas. No es gris y triste, ni rojo y pobre, ni blanco y vacío ni verde y alegre. No tiene absolutamente nada que ningún occidental pueda ver en su día a día. Tal vez sea por eso por lo que cueste tanto imaginarlo y mucho más concebirlo. Y sin embargo es la mayor barrera artificial creada por el hombre, tras la muralla china, para marcar su territorio.

El muro marroquí, también conocido como “el muro de la vergüenza”, empezó su construcción a principios de los años ochenta como barrera de contención contra el Frente Polisario —movimiento de liberación del pueblo saharauí— y terminó en la misma década convertido ya en el mayor símbolo de las intenciones del Reino de Marruecos en lo que a la guerra contra los saharauís se refiere: una barrera para impedir el exilio.

El mismísimo Hassan II —el anterior rey de Marruecos y padre del actual monarca, Mohamed VI—, artífice de la invasión de Marruecos al Sáhara Occidental y de la archiconocida Marcha Verde, ordenó el inicio de las obras y supervisó con sumo cuidado tanto su estructura como su recorrido.

2.700 kilómetros de recorrido, entre 2 y 2,5 metros de altura —dependiendo del tramo—; 7 muros diferentes de arena, piedra y alambre de espino; más de 100.000 soldados custodiándolo; aproximadamente 5 millones de minas antipersonas esparcidas a lo largo de ambas caras, son solo algunos de los datos reseñables de esa enorme estructura que divide la mitad de un pueblo de la otra.

Una noche y una guerra

Pero, ¿cómo se llegó a la situación actual? Todo se explica en una noche y una guerra.

La noche del 14 de noviembre de 1975, con la más absoluta nocturnidad y alevosía, las autoridades españolas vendían su antigua colonia a los países vecinos de ésta, Mauritania y Marruecos, a cambio de pescado y fosfato, sin consultar la operación con el legítimo dueño del territorio, el pueblo saharauí.

Las cosas no acabaron como se esperaba que acabaran. Un Generalísimo moribundo, un presidente endeble (Carlos Arias Navarro), una política exterior nefasta (a cargo de Pedro Cortina) y dos fieras carroñeras afilando las garras a la espera de la estacada final, Marruecos y Mauritania, fueron el caldo de cultivo perfecto de una deslealtad inolvidable del gobierno de España hacia el Pueblo Saharauí.

Lo que se fraguó aquella fría noche de noviembre sigue teniendo efectos devastado a día de hoy. Para algunos: guerra, exilio, muerte, hambruna y olvido. En ese orden. Para otros, sin embargo, las consecuencias eran, son y serán, si nadie lo remedia, suculentas hasta agotar existencias.

La cara oculta de la duna

El 18 de noviembre de 1975, tras la aprobación de la Ley de Descolonización del Sahara Occidental por parte de las Cortes Españolas, se consumaba la traición. Oficialmente el territorio pasaba a ser administrado por dos nuevos gobiernos colonizadores, el de Rabat y el de Nuakchot. Y España se desentendía de todo y atendía sus problemas internos (Transición). Sin embargo, la Organización de las Naciones Unidas no lo entendió así: “España sigue siendo la única potencia administradora del territorio y debe garantizar la celebración de un referéndum de autodeterminación”.

¿Qué desencadenó todo eso? Una guerra, desplazamiento forzoso de los saharauís, bombardeo a la población civil con napalm por parte de la corona magrebí, exilio de cientos de miles de personas a la parte más árida del desierto del Sáhara, hambruna y total dependencia de la ayuda humanitaria de la parte exiliada, construcción del muro de la vergüenza arrastrando toneladas y toneladas de arena y el soterramiento de todo esto bajo años y años de agónica espera.

El problema, cuya solución pasa inevitablemente por la mediación de las Naciones Unidas y entonar el mea culpa por parte de los distintos gobiernos españoles desde los inicios de la democracia, lleva estancado más de cuarenta años. El Rey de Marruecos, Mohamed VI se erige también como el monarca del Sahara Occidental. España consigue centenares de licencias

pesqueras en las costas Saharais. La ONU crea la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental (MINURSO), misión carente de capacidad de observación del cumplimiento de los Derechos Humanos. La Misión Fracasa año tras año. El pueblo saharai, dividido por el muro, o sufre la brutalidad policial en Marruecos o la brutalidad natural del desierto en Argelia. Y nadie sabe nada.

Y un día alguien levanta la voz. Y al siguiente día es silenciado. Y el que no calla por las buenas, se le muestran las cárceles acinadas o las fosas comunes aún más acinadas. Y se dibuja de nuevo el silencio.

Señales de humo I: Aminetu Haidar

Aminetu Haidar era esa tambaleante y endeble, pero inextinguible, luz de la última vela que alumbraba la verdad. Afinó la voz, la aclaró y la alzó bien fuerte para sacar al gobierno de Rabat todas y cada una de las vergüenzas que éste le intentaba ocultar a los Cascos Azules de la MINURSO. Pero las ofensas se pagan caras y el rencor actúa con mente fría.

El 20 de octubre de 2009, Aminetu Haidar era galardonada por Train Foundation con el Premio al Coraje Civil en la ciudad de Nueva York por su férrea defensa de los Derechos Humanos en los territorios ocupados del Sahara Occidental. Días más tarde, al intentar regresar a El-Aiún —capital del territorio saharai— es rechazada y enviada de vuelta a Lanzarote, donde había hecho escala. Haidar, una vez en tierra española, se declara en huelga de hambre y con ello consigue presiones hacia el gobierno español, la ONU, la UE, la corona española y el reinado de Mohamed VI. Y ello, como era de esperar, devuelve la causa saharai a la palestra de la actualidad.

Pero de pronto todos ceden: Haidar vuelve sana y salva a su casa y el polvo y el olvido vuelven a oscurecer la historia saharai.

Señales de humo II: Gdeim Izik

La tensión empapaba la piel como lo hace un día de verano en la cuenca mediterránea. En una situación que mimetizaba a la perfección al lejano Apartheid, la población autóctona saharai vive en la más absoluta marginación y exclusión social en su propia tierra, en pro del marroquí venido del norte tras la ya famosísima Marcha Verde. Y eso, a lo jóvenes, quienes aún se agarran con uñas y dientes a la esperanza, los arrastra al hartazgo.

En 2010, más de 20.000 jóvenes (y no tan jóvenes) organizaron un campamento a 15 kilómetros de El-Aiún como protesta contra su discriminación. Había tiendas de campaña, reuniones alrededor del té para trazar una hoja de ruta, canticos, banderas y espíritu de lucha que devuelven a los saharais y a su causa a primera plana. Pero de nuevo el poderío marroquí apaga la incipiente fogata y extingue el humo.

La policía magrebí asalta el campamento violentamente. La revuelta se vuelve la única salida y el gobierno marroquí afirma que los manifestantes asesinaron a 11 policías. ¿Resultado? Cadena perpetua para cinco detenidos y suficiente miedo en el cuerpo del resto como para dar por aplastada la revuelta.

Señales de humo III: Guerguerat

Guerguerat es un pequeño asentamiento al sur del territorio ocupado; cerca del muro. Su importancia radica en su posición geoestratégica: es el punto de acceso entre Mauritania y el territorio ocupado del Sahara Ocupado. Es un importante paso de mercancías y personas entre ambos países y un importante protagonista de desencuentros entre el Frente Polisario y Rabat. Marruecos, violando el tratado de alto el fuego firmado en 1991, según afirma el Polisario, intenta alterar el status quo a su favor interviniendo en la zona militarmente. El frente Polisario, según afirma Rabat, impide la libre circulación de mercancías y personas por el acceso incumpliendo así el mismo acuerdo.

La intención de los primeros es afianzar la localidad como el punto sur del acceso a "Marruecos"; la intención de los segundos es, de nuevo, mantener vivo el humo, la hoguera, el incendio y su causa. Si no se es noticia, se es parte del olvido. Y el olvido ya ha convivido demasiado con el tiempo y entre ambos no han hecho más que alimentar la resignación. Y de resignación el pueblo saharai está más que colmado.

Los mismos vientos, distintas dunas

Mientras tanto, todo sigue igual. España sigue sin querer saber nada de la causa saharai, y sin embargo lo quiere saber todo del tratado pesquero Marruecos-Unión Europea. La ONU, a través de su MINURSO sigue sin ser en absoluto útil, contemplando a diario violaciones de los DDHH en el territorio ocupado sin ser su competencia reportarlo a la secretaria general para que se impongan sanciones al país rifeño. El referéndum, prometido tras el alto el fuego de 1991 sigue sin celebrarse y el calor y la sequía siguen llevándose por delante cada año a más gente en el campamento de refugiados de Tindouf, Argelia.

Solo nos falta saber si la última humareda, Guerguerat, servirá para reavivar la realidad de la gravedad del asunto, o se extinguirá poco a poco bajo mucha política exterior marroquí y una infinita pasividad internacional.